

CULTURAL-e

VOL 2 / NÚM. 2
2024

El rastro

Elisa Vea Hernández

Universidad Autónoma de Baja California
elisa.vea@uabc.edu.mx

Cultura literaria

Una mujer se cae a pedazos por la calle.
Se desensambla con cada paso que da en la
acera inundada de monigotes.

Los manojos de carne cuelgan de cada
parte de su cuerpo faltándole ya una mano,
un brazo entero, parte de la nariz y los
pellejos comienzan a asomar los huesos.

La mandíbula que alguna vez pudo ser
sonrisa cae sosteniéndose solo por fibras de
piel y músculo por un lado de su cara.
Su mirada es la de alguien que va tarde. ¿A
dónde? No lo sé. Pero, aun así, camina
lento, como cuidando no romperse más.

Los transeúntes pasan a su lado inmutados.

Pie tras pie, la indiferencia se torna un
juicio; no existe ausencia aparente de
alguien, capaz de impactar en ninguna
medida el mundo que conocemos, sea esto
o no un consuelo. No vale la pena perder el
tiempo en ver los retazos de una mujer que
se cae a pedazos. El mundo seguirá intacto,
ciego y sordo ante el retumbar del suelo al
caer el último fragmento de su ser.

Nadie sabe a dónde se dirigen los demás, y
solo creemos saber a dónde nos dirigimos
nosotros mismos. Todo este espectáculo,
que va demasiado rápido, se siente como
una sola encarnación.



Fuente: Alma dos. Pinterest.com



Fuente: ArtsThread. Pinterest.com

La mujer sigue deshaciéndose y pareciera
que a pesar de que la sangre está ausente,
la vida siguiera, bombeando quién sabe qué
en su pecho compuesto solamente por
piezas que no tienen sentido alguno. Tal vez
algún día lo tuvieron.

La imagen es aterradora y poco tiene esto
que ver con el monstruo físico, sino con la
desesperanza que significa esa inercia vacía.
Va tarde a donde ni siquiera podrá llegar.

Se logra ver la acuosidad en sus ojos. Ojalá
fuera llanto. Ojalá el llanto fuese pegamento
y pudiera volverse a lo que fue; cuerpo,
madre, hija, hermana, tiempo, humano, un
nombre, alguien.

Poco importa ya su rastro aquí, donde
quiera que estemos. Todos estamos
perdidos. Una sola persona buscando un
camino va, a lo lejos y sin verse o percatarse
mutuamente, detrás de ella, siguiendo las
migas de carne que va dejando atrás sin
saber que alguna vez esos trozos fueron
persona, como si de un tesoro se tratase.